

estos temas, algunos son nuevos y otros habían sido ya tratados anteriormente, pero con menos insistencia y logro literario. Así, pues, se puede afirmar que el desarrollo del cuento puertorriqueño va a la par con el desarrollo del tema de la emigración puertorriqueña a la ciudad de Nueva York: ambos tienen su punto de partida decisivo en la década del cuarenta, y ambos toman auge varios años después, la década del cincuenta.

La evolución del tema de la emigración a Nueva York puede dividirse en dos etapas: los años que preceden a la Segunda Guerra Mundial (1914-39) y los que le siguen (1945 hasta el presente). La gran mayoría de los cuentistas que presentan al boricua en el ambiente neoyorquino antes del conocido fenómeno bélico, tiene una actitud muy diferente a la que dominará en los años de posguerra. En estos primeros años se presenta al boricua en la gran ciudad con una actitud pasiva e indiferente, y Nueva York es un escenario más que le imparte, quizás, en muchos casos, universalidad a la obra. Esto tiene su explicación probablemente, en que en los años que preceden a la Segunda Guerra Mundial el problema puertorriqueño no está tan acentuado como en los años que le siguen. Sin embargo, «La dicha en el pecado» (1914), de Manuel Zeno Gandía —el primer relato que aborda el tema—, e «Ironías de Navidad» (1929), de René Jiménez Malaret, son excepciones a la regla. Estos dos relatos ya ofrecen en esta temprana época indicios de los elementos que luego dominarán el tema: corrupción, soledad, incomunicación, discriminación.⁷

No es, pues, hasta después de la Segunda Guerra Mundial que surge un magno interés de los escritores por el bienestar de sus compatriotas. Esto va a la par, claro está, con el desarrollo evolutivo del éxodo isleño. Aquí la actitud es de contundente «denuncia social», y la ciudad juega un papel determinante en las acciones de los personajes. Así que los cuentistas que se interesan en el tema en las últimas cuatro décadas, se proponen llevar al público, sin rodeos, al grano, todo lo que conlleva la emigración puertorriqueña: sus causas, la realidad existente y las consecuencias morales y emocionales. Estos escritores atacan el prejuicio contra los puertorriqueños, la corrupción de la ciudad, el problema del idioma, la soledad, el clima, la falta de identidad y el rechazo de los valores patrios. En esta época decaen, entonces, el jíbaro y su ambiente rural —motivo literario por mucho tiempo—, y son sustituidos por el emigrante y la ciudad.⁸

⁷ He aquí las fichas bibliográficas de los cuentistas y los cuentos que componen esta primera etapa del desarrollo evolutivo del tema: María Cadilla de Martínez, «El pródigo», en *Cuentos a Lilian* (San Juan: Editorial Puerto Rico Ilustrado, 1925), pp. 125-38; René Jiménez Malaret, «Dos horas en la cárcel», en *Pandemonium* (San Juan: Editorial Club de la Prensa, 1959), pp. 19-24; Jiménez Malaret, «Ironías de Navidad», en *Pandemonium*, pp. 93-95; Jiménez Malaret, «La muchachita hambrienta», en *Pandemonium*, pp. 11-14; Jiménez Malaret, «Mi visita a Orison Sweet Marden», en *Pandemonium*, pp. 7-10; Humberto Padró, «Ironía de sueño», en *Diez cuentos* (San Juan: Imprenta Venezuela, 1929), pp. 39-43; Angel M. Villamil, «Mi amigo don Tano», en *Un duelo a duelos* (San Juan: Tip. Cantero Fernández, 1937), pp. 81-117; Villamil, «La sorpresa», en *Un duelo a duelos*, pp. 119-35; Villamil, «La virtud de un nickel», en *Un duelo a duelos*, pp. 17-29; Manuel Zeno Gandía, «La dicha en el pecado», en *Cuentos*, (Nueva York: Las Américas Publishing Co., 1958), pp. 107-17. Este cuento fue publicado originalmente en *Puerto Rico Ilustrado* el 11 de julio de 1914.

⁸ A este segundo período del tema pertenecen los siguientes cuentistas y cuentos: Amelia Agostini de del Río, *Puertorriqueños en Nueva York* (Nueva York: Editorial Mensaje, 1970); Wúlfredo Braschi, «Una oración bajo la nieve», en Paul J. Cooke, *Antología del cuento puertorriqueño* (Godfrey, Illinois: Monticello College Press, 1956), pp. 77-82; Jaime Carrero, «En americano», en Robert L. Muckley y Eduardo E. Vargas, *Cuentos puertorriqueños* (Skokie, Illinois: National Textbook Co., 1974), pp. 35-39; Emilio Díaz Val-

La gran mayoría de los relatos que entran en el orbe del boricua en Nueva York datan de la década del cincuenta, cuando la emigración ha tomado todo su auge. Casi todos los escritores que se internan en el tema han vivido la odisea neoyorquina. Todos los cuentistas que relatan la diáspora isleña —con la excepción de Zeno Gandía, Angel M. Villamil y María Cadilla de Martínez— pertenecen a la Generación del Treinta o a las tendencias que predominan de 1945 al presente.

Entre los muchos escritores que han cultivado el tema, hay tres figuras que ocupan lugar de distinción por sus significativas aportaciones: José Luis González, Pedro Juan Soto y José Luis Vivas Maldonado. González —uno de los más extraordinarios cuentistas que ha producido la literatura isleña— tiene el privilegio de ser el iniciador de las nuevas características del tema que van a seguir la inmensa mayoría de los escritores isleños que presentan al boricua en Nueva York en los años de posguerra. Este autor introduce con su cuento «En Nueva York» (*El hombre en la calle*, 1948) —relato de significativo título y una de las obras más representativas de la emigración puertorriqueña a Nueva York— una actitud de fuerte denuncia social desconocida hasta ese momento. Así, pues, en las primeras obras en que aborda el tema —«En Nueva York» y «El paisaje» (*En este lado*, 1954)— domina el ambiente la nota denunciatoria, pesimista y agria ante el problema boricua-neoyorquina, pero esta actitud cambia en su último relato. «La noche que volvimos a ser gente» (*Mambrú se fue a la guerra*, 1972) presenta una visión afirmativa, de esperanza, de alegría de la emigración puertorriqueña a Nueva York. El cielo extraño, sucio de nubarrones oscuros, de los primeros relatos se transforma en uno estrellado, lleno de resplandor y belleza. González tiene ahora para el lector un mensaje de solidaridad humana, así desea concientizarlo de la situación mediante un vehículo positivo, el reverso de la moneda de sus primeras manifestaciones cuentísticas. Pero este cambio del autor no se limita meramente al enfoque del tema sino que se extiende también hasta su creación literaria en general. En los primeros cuentos González escribe con una visión política en mente; ahora con la visión de un escritor, antes que nada. Aquí no se sacrifica la creación artística por el mensaje político. Se puede afirmar, entonces, que los cuentos de Nueva York de José Luis González marcan su desarrollo cuentístico en general.

cárcel, «Después del invierno», en *Panorama* (Río Piedras: Editorial Cultural, Inc., 1971), pp. 217-26; Díaz Valcárcel, «Siempre el sol», en *Panorama*, pp. 193-201; Ester Feliciano Mendoza, «La mancha de plátano», en Concha Meléndez, *El cuento* (San Juan: Ediciones del Gobierno, 1957), pp. 273-76; Feliciano Mendoza, «Reflejos del salitral», en Concha Meléndez, *El arte del cuento en Puerto Rico* (Nueva York: Las Américas Publishing Co., 1961), pp. 180-83; Edwin Figueroa: «Don Rafo y los caballos», en: *Seis veces la muerte* (Río Piedras, P.R.: Editorial Cultural, Inc. pp. 19-24; José Luis González, «La noche que volvimos a ser gente», en *Mambrú se fue a la guerra* (México: Joaquín Mortiz, 1972), pp. 117-34; González, «En Nueva York», en *El hombre en la calle* (San Juan: Editorial Bobique, 1948), pp. 9-22; González, «El pasaje», en *En este lado* (México: Los Presentes, 1954), pp. 112-29; Washington Lloréns, «Plaga de langostas sobre Manhattan», en *Catorce pecados de humor y una vida descabellada* (San Juan: Ediciones Club de la Prensa, 1959), pp. 121-33; René Marqués, «Isla en Manhattan», en *Otro día nuestro* (San Juan: Imprenta Venezuela, 1955), pp. 57-73; Carlos Orama Padilla, «Postal II», en *Postal de tierra adentro* (Barcelona: Ediciones Rumbos, 1963), pp. 27-33; Luis Quero Chiesa, «Detrás de aquella lucecita», en Concha Meléndez, *El arte del cuento en Puerto Rico*, pp. 173-78; Quero Chiesa: «La protesta» en Meléndez: *El arte...* pp. 167/73; Roberto Rodríguez Suárez, *Inviernos en Harlem*, inédito; Charles Rosario, «Regalo de Reyes», en Meléndez, *El cuento*, pp. 277-84; Pedro Juan Soto, *Spiks* (México: Los Presentes, 1956); Soto, «Papá se ha dormido», en *El Diario de Nueva York*, 19 de marzo de 1950; José Luis Vivas Maldonado, *A vellón las esperanzas o Melania* (Cuentos de un puertorriqueño en Nueva York) (Nueva York: Las Américas Publishing Co., 1971).

«La noche que volvimos a ser gente» es la creación de un escritor maduro consciente de su labor literaria. Esto hace que González haya creado con este relato una de las mejores obras de la emigración puertorriqueña a Nueva York. Es posible que González, que ya marcó un hito capital en los años posbélicos, con este relato alumbró el nuevo sendero de otros escritores interesados en el tema. El tiempo dirá.

Corresponde a Pedro Juan Soto el honor de ser el máximo exponente del tema. Aunque Soto aborda el tópico en 1950 con «Papá se ha dormido», no es hasta la publicación de *Spiks*⁹ (1956) que lo explota a cabalidad. Los siete relatos —«La cautiva», «Garabatos», «Los inocentes», «Ausencia», «Bayaminiña», «Campeones» y «Dios en Harlem»— y las seis «miniaturas» —esbozos anecdóticos de cuentos enumerados del I al VI— de la colección presentan un enfoque de crudo realismo de la miseria humana y la desintegración social en que se mueve el boricua en Nueva York. Pero Soto no se limita meramente a presentar el problema puertorriqueño-neoyorquino, sino que relaciona éste con otros comunes a toda clase social y a todo hombre. En estos relatos el autor utilizando un lenguaje de manifestación sintética y frase cortada, que explota la capacidad sugestiva de las palabras —«Bayaminiña», por ejemplo—, e internándose en lo más íntimo del ser humano ha logrado crear verdaderas joyas del tema y, más lejos todavía, de la cuentística isleña en general. «Los inocentes» y «Garabatos» son magníficos ejemplos de este valor artístico. No cabe la menor duda, pues, que de las obras y autores que abordan el tema de la emigración puertorriqueña a Nueva York, *Spiks* y Pedro Juan Soto ocupan lugar cimero.

A José Luis Vivas Maldonado no sólo le corresponde la distinción de ser el último cuentista que aborda el tema, sino que ejecuta el raro hecho entre los escritores de dedicarle toda una colección.¹⁰ Pero la gran importancia de Vivas Maldonado en relación al tema estriba en su incorporación de nuevos aspectos temáticos surgidos con el advenimiento de cambios histórico-culturales: el mundo de la drogadicción, el homosexualismo, la formación de pandillas, la práctica del espiritismo, el recrudescimiento de la prostitución. Estos elementos, claro está, habían sido aludidos en otros cuentos que tratan el tema con anterioridad, pero nunca se habían enfocado con el dramatismo y el lujo descriptivo con que lo logra Vivas Maldonado en los doce relatos de *A vellón las esperanzas o Melania (Cuentos de un puertorriqueño en Nueva York)* (1971).¹¹ Pero Vivas Maldonado no se limita sólo a esta aportación, sino que incorpora también al ciclo temático un sinfín de técnicas narrativas inexploradas hasta el momento por los escritores que le precedieron: el diario, el libreto de televisión, la carta, el poema intercalado, la narración por medio de un ser inanimado. Es posible, que este mismo afán

⁹ Ya con el título del libro, que no se menciona en ninguna parte, el contenido es evidente: es una palabra insultante contra los boricuas en Nueva York. El título indica la rebelión del autor contra el prejuicio y las demás dificultades que encuentran los emigrantes puertorriqueños. Aunque la grafía del término varía —«spik», «spic» o «spick»—, al autor prefiere la primera para su libro de puertorriqueños en Nueva York, no por mero capricho, sino por su concisión particular que remata con k policial.

¹⁰ Hasta el momento hay sólo tres cuentistas que han dedicado toda una colección al tema del puertorriqueño en Nueva York: Pedro Juan Soto, José Luis Vivas Maldonado y Amelia Agostini de del Río.

¹¹ Constituyen el volumen los siguientes títulos: «La puerta está dañada», «El tercer riel», «Serás del fuiste sido», «Cuentos de un cuento», «En el callejón hay un llanto macho», «Jilguero de calle abajo», «La última la paga el diablo», «600 Prospect Avenue», «Murmullo grito eres», «¿Qué desea el hermano?», «Carta a Melania», y «Por Idlewild se fue Melania».